

El Tiempo Monárquico Popular Crítica

Por Dios, por la
Patria y el Rey:
¡Viva el
Príncipe Regente!

En un lugar de la Mancha
Octubre de 1948
Año VI - Núm. 11

¿Desembocará el actual régimen en la dinastía liberal?

Todavía es la materia de actualidad. Días atrás, según informaron primeramente las emisoras de radio extranjeras y luego la prensa española, el Generalísimo Franco sostuvo una prolongada entrevista con don Juan, en aguas del Atlántico. Nuestro querido colega REQUETES se ocupó ya en su día de esta noticia, a la que puso atinado comentario. Hoy nos toca hacerlo a nosotros. No fuera que el silencio pudiera interpretarse como complicidad. Una de esas complicidades que luego repercuten en largos períodos de decadencia y funestas desviaciones. Por eso y por si fuera cierto (lo que a veces lo es, y en otras no) que "quien calla otorga", vamos a hablar. Porque, vaya por delante, otorgar no otorgamos de ninguna de las maneras.

Este Régimen que, quieralo o no, es discontinuidad y carece de auténticas precedentes y perspectivas históricas, y tiene más mostrador que trastienda, ha venido engañando a los españoles con falsas promesas y mentirosas palabras. Inestable en sí mismo y caduco por naturaleza (la inestabilidad y caducidad son característica de todo régimen de caudillaje), concededor de su intrínseca debilidad, no ha cesado, principalmente por boca del Generalísimo como a su representante más autorizado, de pregonar el paso en su día al Régimen Tradicional, el más conforme con el ser de España y con su historia. Ilusos hubieron, menos de los que parece, que a pie juntillas creyeron en tales anuncios y promesas. El temor a combatir induce a escuchar con oídos complacientes aún las mismas palabras del adversario. Otros, los más, aparentaron creer simplemente. Así justificaban colaboraciones absurdas y empleos y colocaciones incompatibles con el mantenimiento de una sana ortodoxia política.

Por creer en tales promesas y simplemente por aparentar tal creencia, de todo hubo en la vida del Señor, vino a la política española el llamado Carlos-Octavismo. Más especialmente aún la política Carlos-Octavista, colaboracionista cien por cien, válida y valedora del Régimen actual, entusiasta de Franco, oportunista al grito de "Franco y Carlos VIII". Ilusiones y mentiras llevaron su carro a un terreno nunca conocido en la historia del Carlismo. Al reconocimiento de una especie de doble Legitimidad, encarnada en el Generalísimo y el Príncipe don Carlos. En realidad al reconocimiento de una más propia Legitimidad, la del Régimen actual representado por Franco, con una desvalorización real (fuera cualquiera la hipótesis en cuanto a la determinación del Pretendiente) del principio Legitimista, clave del Carlismo y piedra sobre la quiso cimentarse la disidencia Carlos-Octavista. Así el propio Príncipe don Carlos fué a votar la Ley del Referendum, de la que las publicaciones Carlos-Octavistas hicieron los mayores elogios y don Esteban Bilbao entonó, como Presidente de las mal llamadas Cortes Españolas, el panegírico. La Legitimidad desapareció para dar paso a lo que quisiera Franco o el célebre Consejo de Regencia previsto en dicha Ley. Aceptar tal fuente de soberanía era exponerse a perder la propia, sin honra y sin provecho, sin garantía alguna para el futuro, sin la esperanza siquiera de salvar nada fundamental. Mas la ingenuidad de unos y la malicia y conveniencia de otros optó por la votación del referéndum, en forma afirmativa además. Ahora bien, si nadie puede ir contra sus propios actos, ya nos explicarán los partidarios de don Carlos, llamado VIII, cómo puede defenderse el derecho de éste cuando sea desconocido por el Generalísimo, después de aceptada una nueva Ley o causa de Legitimidad.

Es injusto y es inmoral, pero tiene también su lógica, que ahora el Régimen se burle de sus aliados, haciéndole el amor a don Juan, el Príncipe liberal, hijo de liberales como le recuerda Romanones, contra el que tanto se despotricó hace pocos años, y tan incompatible se presentó a los ojos de los españoles. Podría decirse que al Carlos-Octavismo le habrá ocurrido lo que a ciertas poco honestas doncellas: después de gorzadas no valen para casadas. Bien se ve que ello es injusto e inmoral; más aún que tiene, como decimos, su lógica. Empero, es más injusto e inmoral todavía que el Régimen se burle de los españoles en general, especialmente de los móviles de la pasada Cruzada. Los muertos no lo quieren, y en todo caso los muertos no tienen ninguna culpa de las payasadas de los vivos, ni del exceso honor de una época llena de apariencias.

Cierto es, amigos, que las palabras de los hombres no son de far.

Determinada revista quincenal, con motivo de esa entrevista, ha ponderado el sentido de continuidad que Franco busca con ella para su política. Se afirma que su cuerpo de redacción es juanista; es más, que su dirección es principalmente liberal. Aunque el Liberalismo esté oficialmente desterrado de nuestra Patria. Nosotros, a tiempo lo decimos, no estamos conformes con esta continuidad, que en todo caso es una continuidad que bien pudiera tener a Romanones por alguno

(termina en la pág. 7)

Actualidad de Jaime Balmes

A pesar de la constante evolución de los pueblos, hay en éstos un substratum de ideas y principios inmutables que dan origen a hechos iguales, de aquí el refrán que reza: "la historia se repite".

Hoy que España entera vive jornadas balmesianas, quisiéramos no se quedase y perdiese todo en discursos y monumentos, sino que los españoles, estudiando sus escritos y viendo las causas que los originaron, supieran poner remedio a los males que sufre España, mediante la previsión que para ellos propugnaba esta inteligencia privilegiada.

Vino Balmes al mundo en la época en que España acababa de concluir una de las epepeyas mayores que han visto los siglos, hazaña propia del pueblo español: la derrota del coloso de Europa, Napoleón Bonaparte. Nuestra generación ha vivido y tomado parte activa en otra hazaña no menos digna del pueblo en que hemos nacido, en que se han puesto de manifiesto una vez más la valentía de nuestra raza y lo que puede un pueblo, con la ayuda del Todopoderoso, cuando tiene por norte un alto ideal. Una y otra son manifestación del mismo espíritu. Por eso, este año, que la Comunión Carlista había señalado como fecha para celebrar el acto nacional en Montserrat de culto a los héroes de la Cruzada de Liberación el 2 de mayo, los dirigentes de la situación actual tuvieron a bien suspenderlo, pues se reunían en una sola fecha, no dos espíritus, sino dos manifestaciones del mismo espíritu a través de un siglo: la independencia auténticamente española de las ideas menos católicas. ¡Hubiera sido una jornada demasiado gloriosa!

Refiriéndose a la guerra de la Independencia señala Balmes como "grandes ideas que pusieron a la sazón en movimiento al pueblo español: Religión, Patria y Rey", y añade "cuando los pueblos están dominados de ideas tan grandiosas adquieren aquel temple de alma necesario para salir airoso de las mayores empresas" (1).

"En la nación española esta religiosidad no es un sentimiento vago y confuso, sino que es la adhesión al catolicismo", siendo "el más fecundo elemento de regeneración que se abriga en el seno de nuestra nación" (2). Examina detenidamente este principio señalando como mínima obligación del Estado: "no destruir, lo demás ya irá marchando por sí mismo, pues la obra de Dios no necesita de la débil mano del hombre". Y concluye: "¡Ay de nosotros si llegásemos a desasirnos de esa áncora, si perdiésemos de vista ese

faro que esclarece un horizonte de tinieblas" (3).

En cuanto a la idea de Patria creemos no es necesario insistir, pero sí en la forma de gobernarla y con ella entraremos en el tercer principio, el monárquico.

Desde la vuelta a España de Fernando VII se probaron en nuestra desgraciada Patria todos los sistemas de gobierno, desde el absolutismo más extremo hasta el liberalismo más desenfrenado.

Examinando el absolutismo en general, señala Balmes como principal causa suya, la inseguridad del mando, diciendo que un gobierno para ser fuerte ha de ser estable, pues en caso de no serlo "tiraniza o conspira", porque "al hallarse sin los medios necesarios al ejercicio de sus atribuciones trabaja sin cesar para procurárselos" (4).

Señala como fuentes de la fuerza del Poder: 1.ª La seguridad de su existencia. 2.ª Los medios necesarios para el cumplimiento de su objeto legítimo. Anatematiza el absolutismo y la debilidad del Poder, que, aunque parezca paradoja, en el fondo coinciden, diciendo: "¿Ay de los pueblos gobernados por un poder que ha de pensar en la conservación propia!" (5).

También las minorías crean una provisionalidad en el mando que las hace caer en la debilidad de Poder. Por eso el filósofo vicense quería cuanto antes salir de aquella provisionalidad nombrando mayor de edad a la mal llamada Isabel II.

¿Qué diremos de ello los españoles actuales que hace diez años estamos sometidos a un régimen provisional y absoluto, que ha probado de llamarse con cuatro nombres distintos para tener estabilidad?

No puede Balmes hacer una crítica abierta del liberalismo, pues sus artículos hubieran sido tachados de anticonstitucionales y no los hubiera podido publicar, pero en distintas ocasiones este sistema anticatólico y antiespañol, porque "en España las masas propiamente tales son profundamente religiosas y enemigas de innovaciones" (6). Para la elaboración de la Constitución del 12, modelo de libertades, "nunca fué menos consultada la voluntad del pueblo español" (7). La causa de que no haya arraigado en España el liberalismo es porque no fué popular, pues los hechos consumados son respetados, el pueden hacerse respetar. Concluye afirmando que "la verdadera libertad consiste en ser esclavo de la ley" (8).

Creemos que con ello quedan bastante sentados los defectos de que adolece el liberalismo ya en su nacimiento, pero falta ver los frutos. Para ello se pregunta el filósofo de Vich: "¿Cuáles son hasta ahora los beneficios que nos ha traído la libertad?" (9). Y posteriormente, lamentándose de la injusticia que se cometía con la esposa de Fernando VII: "La augusta señora que años antes abría las puertas de la patria a millares de proscritos estaba proscrita" (10). Hoy, después de más de un siglo de liberalismo, no son solamente una las personas de sangre real desterradas, sino tres: a más de la ya citada María Cristina, su hija Isabel y el nieto de ésta, Alfonso. Y aún hay gente, aunque poca, con conocimiento de causa, de la suficiente candidez para querer implantar de nuevo la monarquía liberal sin ver que se labran su sepultura y son la cuna de la revolución en sus múltiples aspectos.

Entonces, se nos preguntará, cómo quería la monarquía Balmes? Sin duda alguna su deseo era que se hubiese implantado la Católica-Tradicional en su verdadero sentido, tal como la enten-

Contrasentidos de algunos católicos

Unas respuestas aleccionadoras

Cogido al azar, reproducimos este interesante artículo, sencillo y grandilocuente, de una humilde revista parroquial... que pudiera ser la de cualquier Parroquia de España, por expresar la voz sana y noble del sufrido pueblo español. El artículo transcrito, es debido a la pluma del Rvdo. Jaime Armengol, Pbro. y apareció el pasado Septiembre en la revista "San José Oriol", de la Basílica Parroquial del Pino (Barcelona).

Don José, católico ejemplar y de acción, llegó irritado a su casa, cierta mañana dominguera, después de haber oído Misa en la basílica parroquial del Pino. La causa de su indignación eran unas hojas de propaganda protestante que solapadamente, en las puertas del mismo templo, le habían dado. Era ya la tercera vez que tal cosa le sucedía y su conciencia cristiana estaba sublevada contra los responsables que tal propaganda consentían. Sus diatribas en contra de los tales eran certeras y tan vehementes que ni su esposa, ni su hijo objetaron lo más mínimo. Tenía toda la razón; en un país católico como el nuestro no podía tolerarse tal propaganda y a su entender eran responsables ante Dios y ante la Patria los que tales propagandas permitían.

Pasaron unos días. Don José, muy amante de las tradiciones barcelonesas, leía en cierta ocasión *El Libro Verde de Barcelona 1843*, el cual, y en honor de la verdad sea dicho, aunque su título pueda infundir sospechas, nada tiene que ver su color con su contenido, ya que trata simplemente de las costumbres populares barcelonesas del pasado siglo y consigna, además, hechos interesantes para la historia de nuestra ciudad recogidos pacientemente por su autor. Hacia la mitad de la lectura hizo una suspensión. Llamó a su mujer y a su hijo y en alta voz leyó lo siguiente: Día 5 de junio de 1568. Registro practicado en todas las tiendas de la ciudad por los ministros de la Diputación y de la Inquisición, con motivo de la noticia dada por el gobernador de Narbona, de que los hugonotes (protestantes) de Francia enviaban libros de sus sectas dentro de los fardos y cajas de género.

¡Eh ahí a unas autoridades de verdad, conscientes de sus deberes de católicos! —prosiguió D. José—. Gracias a esta actitud valiente y decidida de nuestros gobernantes, España pudo man-

tenerse libre del protestantismo en aquellos tiempos de tanta claudicación por parte de muchos pueblos de Europa.

Pepito, el hijo de D. José, alumno del segundo de bachillerato, que atento escuchaba la explicación de su padre, recordando las palabras de indignación de aquella mañana dominical a la salida del Pino, dijo ingenuamente a su padre:

Papa, ¿pues cómo es que nuestro gobierno, siendo tan católico y llamándose imitador de nuestros gobernantes de la época del imperio español, permite la propaganda de la cual tú tanto te quejaste aquel domingo?

Don José que a fuer de buen católico es también un buen súbdito español, deseoso de dar a su hijo ejemplo de respeto a la autoridad, contestó:

Es que tú no sabes, hijo mío, de las presiones que ejercen ciertos potentes gobiernos cerca del nuestro, tales como Inglaterra y Estados Unidos, con el fin de propagar la malhadada secta. Y claro está, ¡cómo estamos, por otra parte, tan necesitados!

¡Pero, papá —insistió el pequeño con desparpajo—, qué importan las presiones y las necesidades! ¡No nos dice Jesús en su Evangelio —y lo dimos este día de lección— que "quien no está conmigo está en contra de mí"! Además papá, ¿por qué cantamos en el colegio que España es Una, es Grande y es Libre...?

El buen padre, sonriendo y aprobando interiormente la argumentación del pequeño, díjole por toda contestación:

Pepito, aún eres pequeño para comprender estas cosas. Cuando seas mayor ya lo entenderás.

Et nunc reges intelligite y recuerden todos cuantos les interese la sentencia de Jesucristo: Si no os hicierais semejantes a los niños —rectos y sinceros, sin dobleces—, no entraréis en el Reino de los Cielos... aunque en la tierra paséis por católicos.

ULTIMA HORA

Emisión de Radio Nacional de España. Domingo noche, 24 de Octubre de 1948. Dice: Gracias al régimen de Franco, etc. etc., el Domingo Mundial de la Propagación de la Fe (DOMUND) ha podido desarrollarse, lenta pero firmemente, después de muchos años de abandono y de olvido, en los que España se había apartado de su espíritu misional, una de sus mayores grandezas, etc. etc.

Nosotros, requetés de la Cruzada, preguntamos: ¿De qué le sirve al régimen permitir el libre desarrollo del DOMUND cuando autoriza, en la misma España la apertura de "iglesias" protestantes y protege, a voz en grito, a la "religión" musulmana?

día Carlos V, pues el ser vencido en el terreno de las armas "no prueba que el principio no fuera muy fuerte, sino únicamente que su adversario habrá dispuesto de más medios". Concluimos afirmando con Balmes, que estos principios, que tan gratos y preciosos eran para la mayor parte de los españoles, no han muerto sino que "como principio moral y social, vive aún: es el mismo que ha combatido siete años (actualmente 115); aún más, es imposible sofocarlo, porque está arraigado profundamente en el país; y sus rami-

ficaciones son extensas, su contextura es robusta, y es preciso respetarle haciéndole entrar como un elemento de gobierno" (11).

(1) Otras Completas. Escritos Políticos, tomo I, página 122.

(2) Idem, tomo II, págs. 41 y 42.

(3) Idem, tomo I, pág. 143.

(4) Idem, tomo II, págs. 149, 153.

(5) Idem, tomo II, pág. 151.

(6) Idem, tomo I, pág. 33.

(7) Idem, tomo I, pág. 43.

(8) Idem, tomo I, págs. 65 y 143.

(9) Idem, tomo I, pág. 126.

(10) Idem, tomo II, pág. 121.

(11) Idem, tomo I, págs. 76 y 78.

En la perfección del Derecho la Regencia ha evolucionado hasta representar una función institucional. Es decir, la Regencia en esta concepción además de ser un órgano transmisor de la soberanía, tiene función propia de instrumento, de restarador de las instituciones monárquicas. Porque conviene notar que en España no estamos meramente en una crisis de Rey, sino que hay algo inmensamente más trascendental y que más directamente toca a la entraña misma nacional: la crisis de la Monarquía, la sucesión, o lo que es peor, la continuación de las instituciones políticas del Estado, según la

LA REGENCIA, EN CIRCUNSTANCIAS EXCEPCIONALES ES LA INSTITUCIÓN RESTAURADORA DE LA MONARQUÍA

algunas testamentosarios representa al heredero indeterminado. Carlos, con el que será, al que representa el Regente como un por lo tanto, el estado que ante el Rey que fue, Don Alfonso La Regencia legítima de S. A. R. el Príncipe Don Javier es, tiene la continuidad entre el Rey que fue y el Rey que será. Caspe. Es decir, que la Regencia es la institución que man- Martín el Humano hasta la sentencia de los compromisos de conocer los pueblos de la Corona de Aragón a la muerte de la persona que más se asejuga al bien común, tal como la que necesaria una valoración de los pretendientes para resolver Regencia cuando la sucesión no ha quedado bien definida y es Urgel en tiempos de Fernando VII; y, ¿por qué no decirlo?, Regencia por cautividad del Monarca como fueron las de Cádiz y del Cardenal Adriano de Utrecht en tiempos de Carlos I; Re- gencia Clancos (1); ausencia del Rey, como fue la Regencia jurídicamente designar como designó Regente sucesor al Car- de Fernando V, que presenta la particularidad de haber podido que hemos conocido en nuestros días, y en España la Regencia

dicados al estudio y a la publicación de la historia política de la Causa.

Azalicemos sumariamente la aspiración de Don Carlos.

El grito propagandístico de los Carlistas disidentes, la representación que del Príncipe hacen a las masas carlistas se compendian en esta expresión realmente sugestiva: "Nieto de Carlos VII". Verdaderamente que lleva esa recomendación la unción sublime del parentesco y sucesión de sangre más noble y lleno de emoción carlista. ¡Nieto de Carlos VII! Nieto de aquel gran Rey, gloria legítima de España, paladín de la Causa inmortal, figura gloriosa como guerrero, como estadista, como conductor de multitudes, como Soberano prototipo.

¡Nieto de Carlos VII! ¡A cuánto obliga! Porque obliga mucho, nosotros, por nuestra parte, sin pretender juzgar del rendimiento que a esa memoria se tribute, hemos renunciado a todo aspecto personal que pueda tener la cuestión.

De Carlos VII viven actualmente varios nietos y bisnietos. Y no nieto, hijo de Carlos V, fue Don Juan III, lo que no le bastó para conservar el amor a los Carlistas desde el momento que se apartó de la Causa por reconocer a la contraria sin otro fruto que el mayor de los desaires.

No es ese parentesco más que un motivo propagandístico. Su verdadero apoyo está presentado en razones de orden legítima y en razones de pretendido sentir político. Razón legítima, la de considerar agotadas las líneas varoniles de Felipe V, y creer llegado el caso de transmitir el derecho soberano a la hija mayor de Carlos VII como último Rey que dejó sucesión, ya que ni Don Jaime ni Don Alfonso Carlos la dejaron.

Incapacitando dietatorialmente a la Infanta Doña Blanca se hace correr por doquier una renuncia suya supuesta o verdadera, legal o arbitraria, deliberada o irreflexiva. Y para completar el salto se suponen, se fingen, unas renunciaciones de los hermanos mayores de Don Carlos. Así, salvando lagunas, se crea un Rey.

X, para terminar, lo que no presume la Ley de Felipe V, aquello a que nunca se refiere, es la, extrañaría en los Prín-

LO QUE NO SE PRESUME EN LA LEY

enfajamiento sobre la conveniencia nacional. Monarquía misma un particular y especialísimo cometido de le crítico como el español de restauración de la institución a esos efectos sucesorios, tiene en un momento tan gravemente culta a la Regencia que sobre tiene toda la potestad regis- guir Rey en el Trono, razón de más de la de competir con la. V no nos pese repetir que si eso es así respecto a cual- personas o ante graves razones de la conveniencia Patria.

circunstancias eximentes o atenuantes que pueda apreciar en las competente para condenar esas causas de exclusión ante cir- nunca podemos desconocer que el Poder del Rey es el único el error liberal o la adscripción a la dinastía napoléon. Pero excluidas del Trono por causas tan graves como, por ejemplo mos si dictaminar que un Príncipe o una línea familiar están ples ciudadanos entran a juzgar en materia tan ardua. Podo- Denota un espíritu liberal y pibisclario el que los sim- exclusión en que este incurso.

sucesión a un Príncipe indigne o condenando las causas de por le Ley y actual, por fin, como juzgador excluyendo de la cultiva designando Príncipe de Asturias al que venga llamado el orden sucesorio en la Ley fundamental, ejerce potestad ese Tercera regla. — Tiene el Rey potestad legislativa fijando Juan III y la rehabilitación de derechos en Carlos VII.

el derecho al modo que sucedió en la exclusión de Don de indicar y puede continuar en el la sucesión o rehabilitarse bio, ya al nacer adquirieron ese derecho contingente acabado sus descendientes no nacidos. Los que hayan nacido, en cam- pe incurso en la exclusión no pueden transmitir su derecho a

En la confusión que domina toda esa propaganda se adorna ese origen sucesorio con la seductora invocación a la condición de Austria que lleva el Príncipe en su nobilísimo apellido. Es un remache que se pone al derecho sucesorio del apellido Borbón.

Y últimamente, un tercer aliciente tentador se presenta a los Carlistas. Búscase la zona de la flaqueza humana, llámase a las puertas del desaliento y se provoca la impaciencia de los Carlistas. A estos fines de no elevada categoría espiritual, responde la propaganda que del Príncipe se hace como del supuesto candidato de Franco para el Trono en un mañana incierto y a través de los preceptos condicionados de la Ley de sucesión de la Jefatura del Estado. Bienquerencia de la que no se ha podido dar noticia de algún documento del Generalísimo, de un discurso, de una frase, siquiera en el terreno privado, que permita fundar esperanzas en ese porvenir o que descubra ese intencionado deseo del Jefe del Estado español.

Se dirá, eso sí, que se dispensa a la disidencia octavista un cierto favor oficial: marcadísima tolerancia para sus propagandas; completa inmunidad para sus impresos que profusamente se reparten, incluso con franquía postal de centros oficiales; actos públicos y ceremonias consentidos por la autoridad, y si no muy concurridos, no por culpa de esa tolerancia gubernativa, sino por escasez de número de los Carlistas disidentes; mixtificación bajo esa bandera de señalados elementos falangistas y destaque en modestos cargos públicos de una docena escasa de elementos carlistas, hace muchos años apartados de nuestra disciplina; un cierto favor oficial, sin excluir el financiero, que no ha llegado todavía a convertir en realidad aquellos famosos ofrecimientos de Gobiernos Civiles que a los favorecidos llegó a hacerles perder la cabeza. Una política de gobierno capaz de seducir a incautos, pero que a ningún espíritu medianamente sagaz podrá convencer de otra cosa que de que va inspirada en el móvil permanente y tenacísimo de

La misma etimología de la palabra tradición, tantas veces explicada —tradere, entregar— enseña la necesidad que la Le-

LA REGENCIA CAUCE TRANSMISOR DE LA SOBERANÍA

Si el Rey que instituyó la Regencia era legítimo Rey, y a ningún carlista cabe discutirlo, legítima es la Regencia de la unidad como transmisión al futuro Rey. Si bien la rama Carlista, por dicho la estirpe familiar de Don Carlos María Isidro, cuando agotada, no así la Monarquía legítima al servicio de la

que tienda que renunciar a la sucesión dinástica legítima. Si el Rey que instituyó la Regencia era legítimo Rey, y a ningún carlista cabe discutirlo, legítima es la Regencia de la unidad como transmisión al futuro Rey. Si bien la rama Carlista, por dicho la estirpe familiar de Don Carlos María Isidro, cuando agotada, no así la Monarquía legítima al servicio de la

que tienda que renunciar a la sucesión dinástica legítima. Si el Rey que instituyó la Regencia era legítimo Rey, y a ningún carlista cabe discutirlo, legítima es la Regencia de la unidad como transmisión al futuro Rey. Si bien la rama Carlista, por dicho la estirpe familiar de Don Carlos María Isidro, cuando agotada, no así la Monarquía legítima al servicio de la

LA LEGITIMIDAD Y LOS LEGITIMISTAS

LA LEGITIMIDAD Y LOS LEGITIMISTAS

Prim, un Rey impuesto por el extranjero, aquí hablamos sólo para quienes entienden y sienten las supremas verdades del Legitimismo y la necesidad moral del legítimo origen de la soberanía como medio ordinario para su legítimo ejercicio.

EXAMEN DE LAS PRETENSIONES DEL PRÍNCIPE DON CARLOS DE HABSBURGO

FIJEMOS LA CUESTION

En rebeldía contra la Regencia legitimista dos pretendientes enarbolan banderas partidistas de aspiración al Trono: Don Juan de Borbón y Battemberg y Don Carlos de Habsburgo-Lorena y Borbón. No es nuestro propósito ocuparnos en este lugar del primero de dichos Príncipes. Con suficiente amplitud tocamos su asunto en el folleto "Observaciones de un viejo Carlista a unas cartas del Conde de Rodemo" del que amigos carlistas han hecho varias y muy profundas ediciones por lo que será fácil al lector conocerlo.

Estudiemos, en cambio, el caso de Don Carlos de Habsburgo con el mayor respeto a su persona. Respeto personal, no como quiera, consignado por elegancia dialéctica. Sino respeto que nos hace renunciar a cualquier argumento o motivo de exclusión que en él pudiera apreciarse, pero de índole personal.

Más aún, si la Ley de 1713 fuera dudosa, es decir, si no estuviera claramente definida, si, además, no quedara ningún posible sucesor de Felipe V del apellido Borbón, y si, por último, salváramos el escollo de que Don Carlos no es el primogénito de la Infanta Doña Blanca, mucho halagaría nuestro espíritu carlista poderle reconocer derechos al Trono.

Pero no vemos su derecho actual, aunque no desconocemos su derecho remoto. Si su pretensión no se apoyara en mal invocados principios legitimistas, si en sus procedimientos políticos no tomara tanta parte, como sistemáticamente toma,

de derecho en estos si ya hubieran nacido. O sea, que el Príncipe de para si y para sus sucesores a menos que se rehabilita el De igual modo, todo Príncipe al perder su derecho, lo pier-

señalización y por línea familiar. derecho condicionado o prelatado lo adquiere para si y sus líneas familiares que han quedado expuestas anteriormente. Y así los principios agnáticos, de primogenitura y representación y la sucesión al Trono en el orden que le corresponde dentro de la sucesión por línea. Todo Príncipe al nacer adquiere derecho a

Segunda regla. — Toda exclusión de un Príncipe supone la contra, los Príncipes Carlistas. hasta Isabelina. Conservadores de la auténtica España, por

Abanderados de los principios liberales y responsables del anti- es su colocación en las luchas antiliberales del siglo XIX. Expone la inconfundible en punto a ideas de los Príncipes

Príncipe hereje... privado del derecho por la Ley de Un- bernal. denia consecuencia de los innatos errores de la herejía li-

LA LEGITIMIDAD Y LOS LEGITIMISTAS

LA LEGITIMIDAD Y LOS LEGITIMISTAS

combatir la Comunión Tradicionalista mediante el arma de la confusión.

A esos tres puntos de apoyo del octavismo va a referirse este trabajo en sus tres partes principales: Supuestos derechos al Trono de Don Carlos como Borbón; supuestos derechos al Trono de Don Carlos como Habsburgo; y fundamento de su aspiración por determinaciones del Capdillo Franco.

UPUESTOS DERECHOS AL TRONO DE DON CARLOS COMO BORBON

EL TEXTO DE LA LEY

La sucesión en la Corona de España está regida por la Ley Fundamental de 1713 de Felipe V en las Cortes de Madrid. He aquí la síntesis de su parte dispositiva:

Declarase primero la representación hecha al Rey por el Consejo de Estado de "las grandes conveniencias y utilidades que resultarían a favor de la causa pública y bien universal de los Reinos y vasallos de formar un nuevo Reglamento para la sucesión de la Monarquía". Esto es, se pone por delante la suprema razón de Estado: el bien común.

Se continúa consignando el principio general de agnación rigurosa prefiriendo "todos sus descendientes varones por la línea recta de varonía a las hembras y sus descendientes, aunque ellas y los suyos fuesen de mejor grado y línea".

Se consigna a continuación que han sido oídos y están conformes el Consejo y Fiscal del Rey y que se han convocado Cortes con poderes bastantes de las Ciudades y Villas de voto en Cortes para que "concurriese el Reino al establecimiento de esta nueva Ley, para conferir y deliberar sobre este punto lo que juzgaren conveniente a la causa pública".

Y así, con toda la solemnidad del más legítimo pacto social, entre el pueblo y el fundador de una dinastía manda el Rey

de Toro. Quiere decir que a la muerte de un Rey no le sucede el mayor de los hijos vivos, sino su primogénito, si vive, o si premurió, el primogénito del primogénito muerto y así todos los descendientes.

Sexto principio. — El llamamiento, tras esa indicación de Primogenitura y representación, se convierte en llamamiento por líneas rectas y de orden descendente, habiendo de ser llamadas las líneas por el orden dicho y dentro de cada uno de los supuestos antes indicados prefiriéndose la línea anterior a la posterior.

LO QUE SE PRESUME EN LA LEY

El primer principio que hemos señalado, trascendental fundamento de la Ley, cual es el del bien común, constituye toda la razón de ser de la misma, pero no se desentraña. En ningún punto de la parte dispositiva se ordena la exclusión de algún Príncipe por contrario al bien de los Reinos. La razón es obvia: No impide la Ley, si no que, al contraer, presupone que en cada caso el Rey habrá de declarar quien es su futuro sucesor reconociéndosele el Principado de Asturias, y aclamándole como tal las Cortes. La Ley fija sólo el derecho abstracto a la Corona y reserva a la Regia Potestad y a las Cortes la aplicación en cada caso si el designado por el orden de la sangre no está excluido de la sucesión y privado, por consiguiente, del derecho soberano.

En consecuencia, este orden, de las exclusiones sucesorias está fuera de la Ley y que analizamos. Pertenece al Derecho Constituyente español y representa un inalienable derecho de nuestro pueblo. Según esto las exclusiones o privaciones del derecho soberano se rigen por tres reglas fundamentales:

Primera regla. — Excluyen y privan del derecho a la Corona todas las causas en que un Príncipe pueda incurrir que le hagan indigno de la sucesión, que le convierta en peligroso

temos en los nueve supuestos que sucesivamente prevé la Ley

Fundamental:

Primer supuesto. — Por fin de los días de Felipe V había

de sucederle el Príncipe de Asturias su hijo, y por su muerte,

su hijo mayor varón legítimo, y sus hijos y descendientes va-

rones legítimos por línea recta, según el orden de la primo-

genitura y derecho de representación conforme a la Ley de

Toro.

Segundo supuesto. — A falta del hijo mayor del Príncipe

y de todos sus descendientes varones, sucedería el hijo segun-

do varón legítimo del Príncipe y sus descendientes de la mis-

ma manera. Y a falta de ellos, el hijo tercero del Príncipe y

sus descendientes y en su defecto, el cuarto y los demás.

Tercer supuesto. — A falta de toda la descendencia varonil

del Príncipe, sucedería el Infante Don Felipe, hijo segundo

de Felipe V, con sus descendientes varones, línea recta, orden

de primogenitura y derecho de representación.

Cuarto supuesto. — En defecto de toda la línea dicha, ven-

dría a la sucesión la del tercer hijo y, por su orden, la de los

restantes hijos varones que tuviera Felipe V, cada línea ha-

ciendo por sus descendientes varones, con iguales circunstan-

cias.

Quinto supuesto. — Y siendo acabadas íntegramente todas

las líneas masculinas del Príncipe, Infante, y demás hijos y

descendientes varones legítimos varones de varones, y sin haber

por consiguiente varón agnado legítimo descendiente mío, en

quien pueda recaer la Corona según los llamamientos antec-

edentes, suceda en dichos Reinos la hija o hijas del último

relinente varón agnado mío en quien fuese la varonil, y

por cuya muerte sucediese la vacante, nacida en constante lo-

gítimo matrimonio, la una después de la otra, y prefiriendo la

mayor a la menor y respectivamente sus hijos y descendientes

legítimos, etc.

Sexto supuesto. — En el caso que el último relinente varón

legitimidad requiere para la sucesión legítima de una entrega de Poderes que nuestro Derecho histórico previó en la institución del Principado de Asturias o de Vizcaya o del Condado de Gerona.

De lo hasta aquí dicho se infiere: Primeramente: que para tener esta legitimidad debe el Rey aceptar íntegra y formalmente la ley sucesoria de Felipe V con exclusión de cualquier otra, ya que al aceptar otra cualquiera, sean las de las constituciones liberales, sea la últimamente promulgada en España en el pasado año, conculca el imperio de aquella por la oposición fundamental que entre las mismas exista y porque dicha Ley de Felipe V aparece derogada por las otras leyes sucesorias. Segundo: que se necesita para poder llamarse sucesor de la dinastía legítima recibir los poderes del Príncipe Regente. Y, tercero: que sólo esa transmisión del Poder hecha por el Príncipe garantiza jurídicamente la conformidad que, según nuestro Derecho tradicional, ha de haber entre la legitimidad de ejercicio y la de origen.

Conviene notar que repugna manifiestamente al Derecho Legitimista esa expresión tan en boga entre los monárquicos liberales de hoy de converger en la misma persona dos legitimidades o dos derechos sucesorios. Podrán ciertamente coincidir en un mismo Príncipe las indicaciones del orden sucesorio legítimo y del liberal, pero nunca las dos legitimidades ni, por tanto, dos derechos, porque no hay más que una legitimidad y un solo derecho soberano. Con igual lamentable confusión se pretende el Trono de España para cierto Príncipe invocando conjuntamente las indicaciones de la Ley de 1713 y una pretendida bienquerencia del actual jefe español que a les antoja propicia a conceder al príncipe la aplicación de la Ley sucesoria de 1947. Y bajo el mismo designio rebuscador de coincidencias, trátase de presentar en el mismo Príncipe Don Carlos de Habsburgo su condición de Austria. Parece que se le quiere presentar como si estuviera señalado por el Dado de Dios.

Segundo principio. — Con repetición incesante el legislante de la Ley que paguara con el bien común. constituiría un absurdo que alguien tuviera un derecho dinámico subordinado estrictamente a la conveniencia nacional y que quedara, por tanto, bien sentido que el orden sucesorio va acada de padecer. Que se eviten pleitos sucesorios como la guerra civil que se mediante la más escrupulosa minuciosidad de circunstancias, Por caso se miran cualidades en la designación y se procura, la Ley y el motivo muchas veces repetido en su preámbulo. **Primer principio.** — Ya queda dicho que el primero de los dos ellos es el bien de los Reinos. Esa es la razón de ser de la Ley. Y los restantes son relativos a la permanencia de la Casa de Borbón.

A los principios fundamentales pueden reducirse los que sustentan la Ley sucesoria. Uno se refiere al fin de la soberanía cual es el bien común; otro mira al decoro de la Real Casa.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA LEY

de Borbón. **Noveno supuesto.** — Por último, extinguida toda la descendencia del fundador, habría de venir al Trono la casa de Saboya. **Primer principio.** — En el caso, verdaderamente infortunado, de que tampoco hubiese tales partes transversales del último Rey, vendrían a la sucesión las hijas que Felipe V tuvo. **Octavo supuesto.** — En el caso, verdaderamente infortunado, de que tampoco hubiese tales partes transversales del último Rey, vendrían a la sucesión las hijas que Felipe V tuvo. **Séptimo supuesto.** — Si tampoco tuviera dicho último Rey hijas que tuviera por su orden y sus hijos y descendientes legítimos de la misma manera dicha.

LA LEGITIMIDAD Y LOS LEGITIMISTAS 20

LA LEGITIMIDAD Y LOS LEGITIMISTAS 21

dor en cada sucesión va reiterando la condición esencial del legítimo matrimonio, de la sucesión legítima, sin la que no cabe derecho al Trono. Nada de bastardías. Sólo la filiación legítima confiere derechos.

A este particular del matrimonio se refiere el tema de los matrimonios morganáticos que vamos a tratar seguidamente. Pero conviene notar que en la Ley de Felipe V no está tenido en consideración a ningún efecto el matrimonio morganático ni mucho menos prohibido. Antes al contrario, el único requisito exigido por el legislador en punto al matrimonio, y como hemos anunciado mirando al decoro de la Corona, es el de la Legitimidad canónica.

En concordancia perfecta a la legislación española clásica, ni al Rey ni a los Príncipes les estaba impuesto el matrimonio con persona de su igual. Por conocido el tema husga citar ejemplos históricos.

Tercer principio. — Ley cual la de Felipe V, dimanante de su victoria contra el Archiduque de Austria, habiendo precedido su renuncia al Trono de Francia y pidiéndosele por las Cortes la exclusión perpétua de los Austrias y el llamamiento a la casa de Saboya, se ve claro este principio inspirador de la sucesión: la conservación de la Corona en la casa de Borbón española y que nunca pudiera venir la casa de Austria ni ninguna otra, salvo la de Saboya en último término.

Cuarto principio. — La agnación rigurosa es perseguida en la Ley a dictados del sentido sálico de la sucesión Real. Ya hemos visto como en ciertos casos puede ser llamada una hembra, pero solo en defecto de líneas agnadas y para volver a iniciar en ella a su muerte, y en su primogénito varón nuevamente la sucesión entre agnados. En tal sentido se llama a nuestra Ley semisálica o sálica gombetta. Pero es Ley de agnación rigurosa según se repite en su texto hasta doce veces.

Quinto principio. — En la Ley de primogenitura. Es la designación del varón mayor. Pero Ley de primogenitura completada con el derecho de representación regulado por la Ley

central de los principios legitimistas es la ordenación de la el más generalizado de todos los usos históricos y el más trans-
Pues téngase en cuenta que la primera de todas las Leyes, un siglo la Comisión Tradicionalista.
históricos y principios de Legitimidad que ha sustentado durante la provisión de la sucesión legítima— conforme a las Leyes y usos continúa: "Ambos connotados— la Regencia de la Corona y la titia". Así dice el Decreto de institución de la Regencia, pero más tardanza que la necesaria la sucesión legítima de mi dinastía. El interés de nuestra santa Corona y proveer sin faltar el solemne juramento que me tiene prestado de regir en apreciar esa necesidad? "El Regente reiterará en público manifiesto al tiempo: "Sin más tardanza que la necesaria". La El Rey al instaurar la Regencia le puso esta condición en que son hijas del tiempo.

Nada tan difícil en el arte del gobierno como acertar las oportunidades. Tan probable es ceder en los principios ante circunstancias oportunistas, como errar en la aplicación de medidas que son hijas del tiempo.

legitimidad de origen ha de subordinarse al no deja de ser legítima. Porque nótese, diremos una vez más, que el orden de la de la Real Familia los supremos y sagrados intereses de la Patria. que en dicha oportunidad toman tanta parte como los intereses Principio toca juzgar de este momento y claramente se aprecia nía, tan gravemente transcendental, y tan completa! Sólo al más en materia tan elevada sobre el nivel medio de la ciudadanía, que requirieren los asuntos arduos de la vida. ¡Cuánto la designación de sucesor. Esta objeción carece de aquella media seriedad que en el tiempo que a ellos se les amolda no ha hecho guido porque en el tiempo que a ellos se les amolda no ha hecho ración de que el mandato del Príncipe debe considerarse extinguido por la sobremesa de carlistas inquietos puede fulminarse la declaración de que por autoridad de cualquier conciliábulo

DE LA OPORTUNIDAD POLITICA EL GRAVE PROBLEMA

LA LEGITIMIDAD Y LOS LEGITIMISTAS 11

LA LEGITIMIDAD Y LOS LEGITIMISTAS 12

La Ley de Felipe V y la de Franco son incompatibles en su aplicación por notorias y gravísimas razones de esencia y por la derogación que se hace de la primera por la segunda, constituyendo en origen del Poder, en lugar del tronco familiar agnático, al actual Jefe del Estado Español. Y, según veremos más adelante, entre la sucesión de Felipe V y la de la Casa de Austria hay una incompatibilidad infranqueable.

Colocados en terreno estrictamente carlista igual rebeldía constituye la inaceptación de la Regencia instituida por Don Alfonso Carlos, como el desconocimiento de la legítima autoridad del Príncipe Don Javier. En el trance en que se encontraba la dinastía Carlista sin haber hallado el Rey Príncipe que, indicado por el orden sucesorio, mereciera su confianza en la guarda de los principios fundamentales, o que quisiera aceptar el echar sobre sí la pesada carga del Principado de Asturias Carlista, o, por último, que pudiera adscribirse a esa sucesión, atendidas las complejas razones de política de las Casas Reales, fué una medida de alta prudencia política que le hace pasar a nuestra historia como un esclarecido servidor de los principios fundamentales del Tradicionalismo. Y a mayor abundamiento, previó la guerra civil de naturaleza salvadora de las esencias nacionales y que debía ser motivo para la restauración de la Monarquía que, dicho queda, sólo podía concebirse mediante una Regencia restauradora. Abrió el Rey, puede decirse, los más amplios horizontes de una honda, extensísima restauración de la sociedad civil española; y tuvo el felicísimo acierto de poner al frente de esa institución renovadora al Príncipe verdaderamente prototipo de elevación de ideales, prudencia política y desinterés personal, al lado de cuyas prendas brillan el prestigio y general reconocimiento de todas las Casas Reales, extensos sectores católicos del mundo entero y altos políticos de toda Europa. Rey es quien el derecho indique; Regente, en cambio, sólo puede serlo quien por cualidades personales merece la confianza del último Rey y puede atraer la del pueblo.

Testimonio ajeno

La verdadera significación del Carlismo

Testimonio ajeno, de persona no militante en nuestras filas, es el fragmento que reproducimos del prólogo al tomo XXVIII de las Obras Completas de Vázquez de Mella. Su autor es Sáinz Rodríguez. Hechas las debidas reservas a sus valoraciones sobre la cuestión dinástica, su escrito es un magnífico y exacto reconocimiento del valor del Tradicionalismo y de su significación.

Fué Vázquez de Mella el último gran apologeta católico del siglo XIX, y debe figurar por derecho propio en la áurea cadena que forman Donoso Cortés, Balmes, Aparisi y Menéndez Pelayo. No coincide con algunas de estas figuras en su significación política porque el tradicionalismo, no conviene olvidarlo, es una doctrina que rebasa los límites de cualquier partido para constituir la esencia misma del alma del ser histórico de la Nación. El carlismo —la Comunión Tradicionalista, como dicen los carlistas en su aversión a todo lo que signifique partido— ha sido uno de los baluartes más firmes de la tradición política española, defendiéndola en tres guerras civiles y, posteriormente, en una actuación inmaculada en la vida pública de nuestra Patria. Pero el Tradicionalismo no está vinculado a la Comunión Tradicionalista ni a la cuestión dinástica, que vino a ser uno de los fundamentos de las guerras civiles. Cuando más profundamente se estudia la Historia contemporánea de España, se comprende que la cuestión dinástica no fué la esencia de las guerras carlistas. La cuestión dinástica, en uno y otro bando, es como el cañamazo que sirve a los dos partidos para bordar el programa de su ideario y de sus aspiraciones políticas.

Uno de los grandes bienes que otorgó a España la monarquía católica fué el de salvar a todo trance la unidad de la conciencia religiosa en nuestra Patria. España es el único gran país de Europa que, a partir de la constitución de su nacionalidad, no tuvo guerras de religión. Por esto, sin duda, fué la nación europea que primeramente constituyó su Estado con los caracteres del Estado moderno, y merced a esa unidad política y de conciencia pudo constituir su Imperio luchando en Europa para imponer a la cultura de su tiempo el ideario católico de que se declaró defensora.

Esta unidad de conciencia nacional, preciado tesoro, causa principal de nuestra grandeza, se resquebrajó cuan-

do penetró en España la crisis de las creencias religiosas que caracteriza la cultura europea del siglo XVIII y produjo en el siglo XIX la división de ideas que desde sus comienzos fueron causa de las convulsiones políticas y sociales de esta centuria. Nuestras contiendas civiles del siglo XIX tienen sus raíces morales en plena guerra de la Independencia. La guerra contra Napoleón no es solamente una guerra de independencia política, sino una lucha por mantener los principios tradicionales del Estado y en defensa de la religión católica. Los caudillos naturales, en muchas regiones fueron frailes y clérigos de fama y autoridad. La guerra era típicamente popular, y solamente entre las clases cultas, por su contacto con el extranjero, se dieron casos de afrancesamiento. Los héroes de la Independencia pertenecían, en su mayor parte, a aquella que el Conde de Torero llama despectivamente "singular demagogia, pordiosera y afeitada, supersticiosa y muy repugnante".

Ante la invasión francesa, España se divide en dos grupos: los afrancesados y los defensores de la Independencia y de todos los valores morales y religiosos que llevaba en su seno este alcazmito, guerra y revolución contra Bonaparte. Mucho se ha escrito sobre lo que significaron las campañas napoleónicas como expansión en Europa del ideario filosófico y político de la revolución francesa; todo ello es exacto, y por eso la repulsa de los españoles no fué dirigida solamente contra el rey extraño o contra una dominación extranjera, sino contra todo lo que la influencia francesa significaba en el mundo de la moral y del espíritu. En el bando nacional, defensor de la Independencia, se marcó desde los primeros momentos otra escisión interna: la de la minoría liberal que, no obstante luchar por la defensa de la Patria, se dejaba seducir por el contenido doctrinal que representaban en su mayoría los españoles afrancesados. Dióse así el caso de que mientras se luchaba en las trin-

cheras en defensa de la religión nacional y de la estructura política tradicional de la Patria, un grupo de hombres trataba de construir los cimientos de un Estado que en sus consecuencias últimas habría de resultar la contradicción viva de todo aquello por lo que derramaban su sangre los héroes españoles. ¡Trágico destino de España que, luchando por afirmar su personalidad histórica, sólo consigue elevar al Poder a los partidarios de un mimetismo extranjerizante contrario a su tradición política!

Nace así el problema político básico, que ha de perdurar a través de todas las vicisitudes del siglo XIX (...).

La prueba de que la cuestión dinástica fué inicialmente algo adjetivo en estas luchas políticas, la tenemos en que la primera de ellas se produjo viviendo Fernando II. La sublevación de Cataluña en 1827, llamada *Guerra de los mals contents* o de los agravados, fué el antecedente de las guerras sucesivas.

Entonces se forma el primer núcleo del partido carlista —los Apostólicos—, que luego se apoya en las pretensiones del Infante Don Carlos a la Corona. Lo mismo que la viuda de Fernando VII, María Cristina, para salvar la Corona de su hijo se vió obligada a entregarse a la fracción liberal y a los afrancesados que, merced a una amnistía concedida por ella, llegaron a España dispuestos a defender su pensamiento de siempre.

Dejemos a un lado, porque no hace ahora al caso, la cuestión del odio existente entre algunos liberales —tipo Gallardo— y el grupo afrancesado, a quienes acusaban de partidarios del despotismo ilustrado. Hechas estas salvedades, no cabe dudar que las dos Españas que se dibujaron en la contienda contra Napoleón son las mismas que lucharon en las guerras civiles del siglo XIX. Viene así a producirse en nuestra historia el doloroso contraste de que, habiéndose librado España de las guerras de religión en el Renacimiento, merced a la unidad de conciencia nacional impuesta por la monarquía católica, en pleno siglo XIX sufrimos las cruentas luchas que en su contenido espiritual fueron tanto guerras de religión como guerras políticas.

La actuación del carlismo en la política nacional, una vez consolidada en el trono la rama isabelina, es prueba evidente de que la cuestión dinástica había sido secundaria. Nadie podrá negar que la Comunión Tradicionalista ha ejercido poderoso influjo como contrapeso político y social en la dinámica de la vida española bajo el régimen parlamentario y quizá el máximo representante de esta influencia, a la vez que hábil e inteligente paladín de este tipo de actuación política, fué el gran orador a quien en estas líneas quiero rendir sincero homenaje.

¿Desembocará el actual régimen en la dinastía liberal?

(Véase de la pág. 1)

de sus eslabones. Las razones huelga ahora exponerlas porque las tenemos dichas muchas veces. Con palabras de todas clases y también con tres guerras civiles, hechas precisamente contra esa Dinastía que durante un siglo ha vivido abrazada a todas las malas causas de la Patria.

Por ello no estamos conformes. De ninguna de las maneras. Y también porque, con sinceridad lo manifestamos, nos revuelve las tripas que el Generalísimo, un simple hombre al que no queremos discutir los méritos que le correspondan, se erija en árbitro de Legitimidades y Dinastías. La Realera y la Legitimidad están mucho más altas que eso. Y si los Reyes se hacen pequeños al venir de Franco, éste no crece un palmo porque los Reyes se hagan pequeños. Aunque más pequeños se hacen los hombres que por algún momento han puesto al arbitrio de un simple hombre la determinación de Legitimidades y Realeras.

Un nuevo aspecto de la campaña contra el espíritu español

Avaladas por determinadas firmas, merecedoras algunas de ellas de mayores empeños, llegan con cierta frecuencia hasta nosotros voces interesadas que nos cantan las excelencias de ciertos personajes que se han encasillado cómodamente bajo el denominador común de "generación del 98". Por regla general, las frases elogiosas de turno demuestran cuando menos una ignorancia completa de las "hazañas" del héroe encomiado, y decimos ignorancia porque de otra manera habrían de ser calificados dichos escritos si el que los redacta tuviese plena conciencia de su contenido y alcance. ¿Cómo pueden verse tan encarecidos elogios sobre unos elementos que han denigrado a la Patria, ridiculizando sus sagrados tesoros, sus irrenunciables tradiciones y su misma vida libre e independiente?

Por ese camino se ha llegado a tales límites, que hora es ya de decir algunas verdades a los panegiristas de nuevo cuño.

Sea la primera, la de afirmar de una vez para siempre, que tiene España glorias suficientes en el campo de las letras para no verse obligada a mendigar un aplauso para unos sujetos que trataron de construirse un prestigio con su refinada conducta extranjerizante, amigos de novedades siempre y cuando las mismas pudiesen servir de afrenta a los nobles ideales patrióticos.

Ese afán por lo extranjero de catadura más antitradicional, y un profundo desprecio, en consecuencia, hacia lo auténticamente español, son las características más señaladas de ciertos autores de la generación que cuenta entre sus exponentes a Pío Baroja y Azorín. Ellos fueron, en gran parte, a través de su literatura antirreligiosa y demoralizadora, los forjadores de amplios núcleos de opinión pesimistas y escépticos, que en el transcurso de los años habían de producir frutos de perversión y de oprobio.

En segundo lugar, hemos de declarar paladinamente que el valor material que acaso puedan tener ciertas creaciones, no amengua precisamente la maldad intrínseca de sus ideas, antes por el contrario agrava más la responsabilidad de sus autores, por lo que no puede disimularse el mal que ha hecho y está haciendo la difusión de semejante literatura, bajo el capcioso pretexto de que la misma constituye una parte de la gloria nacional que es necesario reivindicar para el buen nombre de España.

¡Punible añagaza con la que se trata de hacer pasar fraudulentamente una mercancía, que sólo puede tener de española la capa con la que arteramente se recubre!

Además, no es lícito que sean objeto de elogio y distinción aquellos que no han tenido un mínimo de respeto al contenido profundamente católico del alma española. Quienes han tratado de desprestigiar a nuestros grandes hombres, que es tanto como decir a nuestra raza, ¿qué título pueden invocar para apoyar su torpe magisterio sobre un pueblo que ha hecho de su fe hondamente sentida y arraigada, el centro vital de su grandeza y de su incommovible unidad?

¡La tribuna del pensamiento español no está al servicio de los que no sienten a España! No está a la libre discreción de los que con sus obras —nun-

ca condenadas públicamente por una noble y sincera retractación— han herido la conciencia religiosa de nuestra sociedad. Busquen si lo desean otros pedestales más en consonancia con sus tendencias y sus ambiciones, pero no ultrajen de nuevo con su mal caricaturizada ingenuidad presente, el sentimiento cristiano de la nación.

Por último, a los innovadores de última hora que al servicio de unas llamadas corrientes democráticas, no tienen reparo en tributar elogiosas frases a semejantes personajes y a repartir entre los mismos prebendas y medallas, hemos de recordarles que los mejores hijos de España no dieron sus vidas para que una política de renunciamentos y claudicaciones, hiciera inútil su sacrificio y su sangre. Nuestra juventud heroica, la flor de nuestro ejército, no puede servir de escabel a los mercaderes que trafican con la dignidad nacional, y entregan los mejores laureles a los que han hecho mofa de nuestra Religión sacrosanta, de nuestra historia y de nuestra grandeza.

¡Con cuánta amargura está sufriendo España tan indigno tráfico!

En el año 1918, Miguel de Unamuno no podía menos que confesar: "No era resucitar a España lo que queríamos; era hacer una nueva. Habíamos roto

espiritualmente con la tradición nacional... Nosotros rompimos el yugo y empezamos a destrozar el campo y a pisotear los surcos y a trastornar y deshacer la labor de servidumbre... No; no la hemos encontrado (a la Patria). No nos buscábamos unos a otros, sino que cada cual buscaba su pueblo... o mejor "su público"... ¿Qué nos queda? Morir cada uno en su rincón..., morir solos, y sin Patria y sin hermandad".

Unamuno comprendió entonces el verdadero papel que correspondía representar a los "renovadores" extranjerizantes del 98. "Morir cada uno en su rincón..., solos y sin Patria."

Un piadoso silencio y un confinamiento perpetuo a muchas de sus producciones, es la mayor concesión a que pueden aspirar los escritores que aprovecharon las desgracias en que se veía envuelta España, para tratar de hundirla en su mismo ser.

¡Cuánta responsabilidad cargan sobre sus cabezas quienes imbuidos de un aparente intelectualismo, sumo y compendio de ligereza y vacuidad, permiten que el solar hispánico sea campo abierto a los ensayos fatuosos carentes del más elemental sentido cristiano y patriótico, cuna y fuente de nuestra unidad, de nuestra independencia y de nuestra auténtica gloria!

Comentando la "Ordenanza de las Margaritas"

11

Tú, Margarita, eres...

DESTELLO DE LA MUJER FUERTE DE LA ESCRITURA

Frente a los prejuicios sociales que te envuelven y te atenazan encadenando tu alma y tu cuerpo, tu obrar y tu sentir, has de levantarte con entereza contra ellos para ser... mujer fuerte.

Ante las fórmulas sociales y la amistad ficticia y la bondad falsa que pueden y logran empañar la pureza nivea de tu alma y turbarte en tu caminar por el recto sendero, tienes que elevar el corazón, rompiendo con ellas y ser... mujer fuerte.

Cuando creas que tus palabras, que tu actitud y que tu comportamiento van a parecer, ante los ojos del mundo, sinónimos de cursilería, de ridículo, de tontería, de "cavernícola", mira el Rey de Reyes que por ti está desnudo, muerto, y clavado en una cruz y sé... mujer fuerte.

Si la moda, el baile, los espectáculos, la desenvoltura y todo lo pernicioso que Luzbel ha infiltrado en la vida moderna para hundir almas en los infiernos, te envuelven con livianos o tupidos velos produciendo o tu indiferencia o tu consentimiento o tu cooperación, piensa en la Virgen Inmaculada, purísima, que Jesús nos legó por madre de la humanidad entera y que quisiera sonreírte a ti con su dulzura infinitamente amable y bondadosa, y tú, por Ella, tienes que ser... mujer fuerte.

Tú, mujer carlista, Margarita, Ángel de la Caridad... joven o novia o esposa o madre... en todo momento y en todo lugar, preséntate y compórtate como mujer cristiana entera, intachable, celosa de su buen nombre.

¿Quieres ser digna de llamarte Ángel de la Caridad? Piensa que el ser "Ángel" presupone siempre Pureza y Fortaleza. Y siempre no quiere decir ser o parecer intachable en la iglesia, en las conferencias, en los actos nuestros... Eso es ser hipócrita. Siempre quiere decir que si eres joven has de ser joven cristiana ejemplar; que si eres novia has de ser novia cristiana ejemplar; que si eres esposa has de ser esposa cristiana ejemplar; que si eres madre has de ser madre cristiana ejemplar... Contra todo y contra todos, ¡Y cueste lo que cueste!

Sólo así, en la integridad intachable de tus virtudes de mujer fuerte, serás grata para Jesús y María, y oirás regocijada, en tu alma bella y feliz, por cristiana, por casta y por fuerte, las palabras con que el Esposo celebra a la Esposa en la Escritura Sagrada del Cantar de los Cantares: "Una sola es la paloma mía, la esposa, la hija única de su madre, la escogida de la que la dió a luz. Viéronla las doncellas de mi palacio y la aclamaron dichosísima; viéronla las reinas y demás esposas, y la colmaron de alabanzas. ¿Quién es ésta, dijeron, que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla?"

SITO